

DISCURSO

DE

CHATEAUBRIAND

PRONUNCIADO EN ROMA

A PRESENCIA DEL CONCLAVE

EL 10 DE MARZO DE 1829.

Eminentísimos Señores.

LA respuesta de su Magestad Cristianísima á la carta que le habia dirigido el Sacro Colegio, os pinta con la nobleza que corresponde al hijo primogénito de la Iglesia, el dolor que Carlos X ha recibido, al saber la muerte del padre de los fieles, y la confianza fundada en la eleccion que la cristiandad espera de vosotros.

El rey me ha distinguido con el honor de designarme para que le represente cerca del Sacro Colegio reunido en Cónclave; y yo vengo por segunda vez, Eminentísimos Señores, á dar testimonio delante de vosotros de mi profundo sentimiento, por la pérdida del Pontífice consiliador que veía la religion verdadera en la obediencia á las leyes y en la concordia evangélica, de aquel Soberano, que pastor y príncipe al mismo tiempo, gobernaba el humilde rebaño de Jesucristo desde la cumbre de las glorias diversas que estan unidas al grande nombre de la Italia. ¡Sucesor de Leon XII cualquiera que seais! Vos me escuchais sin duda en este momento: ¡Pontífice á la vez presente y desconocido! Vais muy pronto á sentaros en la Cátedra de San Pedro, á algunos pasos del capitolio sobre

los sepulcros de aquellos Romanos de la república y del imperio, que pasaron de la idolatria de las virtudes á la de los vicios, sobre estas catacumbas en que reposan los huesos truncos de otra especie de Romanos. ¿Que palabra bastaria para elevarse á la magestad del asunto, ni pudiera abrirse paso al través de ese monton de años que han sofocado tantas voces mas poderosas que la mia? Ilustre Senado de la cristiandad, ¿vosotros mismos no necesitais para sostener el peso de estas innumerables memorias, para mirar frente á frente estos siglos amontonados al rededor de vosotros sobre las ruinas de Roma, no necesitais, digo, de apoyaros en el altar del Santuario, como yo en el trono de San Luis?

¡No permita Dios, Eminentísimos Señores, que venga yo á ocuparos aqui con algun interes privado, ni os haga escuchar el idioma de una estrecha política! Las cosas sagradas quieren ser vistas hoy bajo relaciones mas generales y mas dignas.

El cristianismo que renovó desde luego la faz del mundo, vió transformarse despues las sociedades á quienes habia dado la vida. En el instante mismo en que os dirijo la palabra, el género humano ha llegado á una de las épocas características de su existencia, y la religion cristiana se halla todavia presente para asirlo, puesto que guarda en su seno cuanto conviene á los espíritus ilustrados y á los corazones generosos, cuanto necesita el mundo, á quien ha salvado ella de la corrupcion del paganismo y de la destruccion de la barbarie. En vano ha pretendido la impiedad que el cristianismo favorecia la opresion y hacia retrogradar los tiempos. Promulgóse el nuevo pacto sellado con la sangre del justo, y la servidumbre dejó de ser el derecho comun de las naciones; y la horrorosa definicion del esclavo: *non tam viles, quam nulli sunt*, quedó horrada del Código de Roma. Las ciencias, hechas casi estacionarias en toda la antigüedad, han

recibido un impulso rápido de este espíritu apostólico y renovador que apresuró el desmoronamiento del viejo mundo, al paso que todos los pueblos donde ha dejado de existir el cristianismo, han visto aparecer de nuevo la esclavitud y la ignorancia. Luz cuando se mezcla en las facultades intelectuales, sentimiento cuando se asocia á los movimientos del alma, la religión cristiana crece con la civilización y marcha con el tiempo; y uno de los caracteres de la perpetuidad que se le ha prometido, es el ser siempre del siglo que ve pasar, sin pasar ella nunca. La moral evangélica, razón divina, apoya la razón humana en sus progresos hacia un objeto que todavía no ha conseguido tocar. Después de haber atravesado las edades de tinieblas y de fuerza, el cristianismo ha venido á ser en los tiempos modernos la perfección de la sociedad.

Eminentísimos Señores, vosotros escogeréis para ejercer el poder de las llaves, á un hombre de Dios, que comprenda suficientemente la altura de su misión. Por un carácter universal, que jamás ha tenido modelo ó ejemplo en la historia, un Cónclave no es el consejo de un estado particular, sino el de una nación compuesta de las naciones más diversas, derramadas por la superficie del globo. Vosotros sois, Eminentísimos Señores, los augustos mandatarios de la inmensa familia cristiana, huérfana por un momento. Hombres que nunca os han visto, que jamás os verán, que no saben vuestros nombres, que no hablan vuestro idioma, que habitan lejos de vosotros, bajo otro Sol, más allá de los mares, en las extremidades de la tierra, se someterán á vuestras decisiones que nada en apariencia les obliga á seguir, obedecerán á vuestra ley que ninguna fuerza material les impone, y aceptarán de vosotros un padre espiritual con respeto y con gratitud. Tales son los prodigios de la convicción religiosa.

Príncipes de la Iglesia, bastará que dejes

oer indeliberadamente vuestros sufragios en cualquiera de vosotros, para dar á la comunión de los fieles un jefe, que poderoso por la doctrina y autoridad de lo pasado, no conozca menos las nuevas necesidades de lo presente y de lo futuro; un Pontífice cuya vida sea santa y en quien se miren confundidas la dulzura de la caridad y la sinceridad de la fé. Todas las coronas forman hoy este mismo voto, todas tienen la misma necesidad de moderación y de paz. ¿Que no debe esperarse de esta venturosa armonía? ¿Que no puede esperarse Eminentísimos Señores de vuestras luces y de vuestras virtudes?

No me resta ya sino renovar aquí la expresión del sincero aprecio y adhesión perfecta del Soberano tan piadoso como magnánimo, cuyo intérprete tengo el honor de ser en este día cerca de vosotros.

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

LA COMPOSICION PRECEDENTE.

AUNQUE la extensión reducida de esta pieza no nos permite buscar en ella una rigurosa economía, sino es la que consiste en el buen enlace de las ideas, ni aquellos fuertes movimientos que si han de ser diestramente preparados, solo caben en fortísimos discursos; se hallan aquí reunidos tantos derechos á la admiración literaria, que ha menester